

y el observador? Si ambos existen, el árbol y el hombre, es tan necesario para el árbol como para el hombre que el primero se halle con el segundo en una relación que se manifieste por la impresión en el ojo. *Sin relación con el ojo al que envía sus rayos, el árbol no existe.* Por esta relación, precisamente, es por lo que *existe el árbol en sí.*—«Todo sér es lo que es en virtud de sus propiedades; pero no hay en él propiedad que no exista por una relación. ¿Es otra cosa lo verde que una relación de la luz con nuestro ojo? Y si no es más que esto, entonces, ¿no existe la hoja verde en sí precisamente porque es verde para nuestro ojo? De esta suerte se taladra el muro de separación entre la cosa para nosotros y la cosa en sí. Como un objeto no existe más que por su relación con otros objetos, como la noción de objeto se confunde con el conocimiento de estas relaciones, todo nuestro saber es saber objetivo.» Ciertamente, todo nuestro saber es objetivo, en cuanto debemos suponer que las relaciones del objeto con nuestros sentidos están reguladas por leyes rigurosas. Pero ¿percibimos los objetos tales como son en sí? He aquí la cuestión, que no se resuelve identificando el objeto con el sujeto ya por el camino del idealismo, ya por el del materialismo. Cuando un gusano, una culebra, un ave y un hombre miran un árbol ¿hay cinco árboles? No; hay cuatro representaciones de un árbol, probablemente muy diferentes unas de otras, pero que se refieren á un solo é idéntico objeto, cuya naturaleza y conformación ningún sér aislado puede saber, porque no conoce más que su representación individual.

Por virtud de los continuos y rápidos progresos de la ciencia que, habituando al entendimiento más y más de cada día á no aceptar como verdad sino lo susceptible de ser demostrado, suministraban nueva fuerza al materialismo y ponían en grave peligro á la metafísica cuyo asunto principal es lo indemostrable, lo ideal, la dirección más general y característica del pensamiento alemán en este período fué armonizar la ciencia y la filosofía. A este fin dirigieron sus trabajos Lotze, Hartmann y los neo-kantianos, entre los que ocupa lugar preeminente el profesor de la Universidad de Magburgo, A. Lange. La doctrina de este gran pensador se halla esparcida en los dos tomos de su notable obra *Historia del Materialismo*, que publicó en mil ochocientos sesenta, en los instantes que los corifeos del materialismo habían reducido al silencio á los modernos representantes del idealismo.

Según Lange, la ciencia es la explicación racional del mundo subjetivo de nuestras sensaciones individuales. El conocimiento, para ser científico, se requiere que sea universal, demostrable y aplicable ó útil. Los hechos ó realidades no susceptibles de ser comprobadas por el cálculo, ni de ser modificadas por instrumentos, nada tienen que ver con la ciencia. ¿Cuáles son los hechos que reúnen estos tres caracteres? Las propiedades mecánicas de la realidad: la extensión y el movimiento. En el espacio que llena el movimiento, somos forzados á admitir un principio indestructible é inmutable, la mate-

ria; y las dos formas esenciales de atracción y repulsión en que se ofrece el movimiento, nos llevan á imaginar yuxtapuestos por todas partes en el espacio centros de fuerzas indestructibles, átomos. Los movimientos de la materia así concebida están regidos por la ley de causalidad, ó lo que es lo mismo, sujetos á leyes inmutables, destinadas á mantener la unidad esencial del movimiento en medio de la multiplicidad cambiante de sus direcciones. La materia no es otra cosa que la cantidad constante de movimiento, cuyas modificaciones expresa el determinismo mecánico ó la ley de causalidad. Para el científico, pues, todo se reduce al movimiento. El mundo de los hechos es un inmenso mecanicismo; la ciencia, una matemática universal. Nada de causas finales. No hay analogía alguna, como propendemos á pensar, entre el arte humano y la actividad de la naturaleza. «Los principales medios que emplea la naturaleza pueden compararse á la casualidad más ciega. La muerte de los gérmenes de vida, el fracaso de lo empezado es la regla; el desarrollo conforme á la naturaleza, la excepción.» Pero no, no hay casualidad propiamente hablando; todo sucede conforme á las leyes de la necesidad mecánica. Lo posible y lo accidental solamente existen en relación á nuestro entendimiento. Con la ciencia de la teleología, destierra Lange la psicología tradicional.

Pero el mundo de los hechos no es toda la realidad. Sobre los hechos están las ideas, sobre el científico el filósofo, que se pregunta por la autoridad de los principios, por el valor lógico de la certeza científica, que trabaja por llevar lo más lejos posible nuestro conocimiento de lo verdadero, supliendo las lagunas de la experiencia y del cálculo, para dar satisfacción á nuestros instintos de lo bello y de lo bueno, á las aspiraciones de nuestra fantasía y de nuestro corazón. En este aspecto de la realidad, Lange se acerca al idealismo moral y religioso de Fichte. «La ciencia, dice, no es contrariada en su marcha conquistadora porque se disipe la fé candorosa en la materia, ni porque se descubra detrás de la naturaleza un mundo infinito, que tal vez sea la misma cosa vista por otro lado, porque este otro aspecto de las cosas habla á todas las aspiraciones de nuestro corazón, y porque nuestro yo reconoce en ello la verdadera patria de su sér íntimo, al paso que el mundo de los átomos y de sus vibraciones eternas se le figura extraño y frío.» Del mismo modo que Fichte, á la preocupación social y á la inspiración metafísica, junta Lange íntimamente el sentimiento religioso. «La religión del porvenir deberá unir dos cosas: una idea moral, capaz de inflamar el mundo, y una tentativa de regeneración social, bastante enérgica para elevar de manera sensible el nivel de las masas oprimidas.» «Las ideas religiosas son indestructibles. El *Gloria in excelsis* repercutirá al través de los siglos, mientras la sensibilidad del hombre sea sacudida por la religiosa emoción de lo sublime.» Entiende Lange que la humanidad no gozará de paz duradera en tanto no logre descubrir en la poesía el principio inmortal que late en el fondo del arte, de la religión y de la filosofía, en tanto no asiente sobre el fundamento de este conocimiento

el definitivo concierto de la ciencia y de la poesía, por tanto tiempo divididas. Entonces, entre la verdad, el bien y la belleza se establecerá una rica armonía, en vez de la unidad muerta que la mayor parte de los libre-pensadores y de los reformadores socialistas persiguen con pasión y creen encontrar tomando la verdad empírica como único principio.

Germán Lotze ha expuesto su doctrina mayormente en la *Psicología médica*, el *Microcosmos* y el *Sistema de la Filosofía*. El giro de su espíritu es profundamente metafísico. Naturalista y médico por sus estudios, poeta y artista por sus tendencias, si parte de los hechos, se deja arrastrar al punto, por sus aspiraciones hacia el ideal, más allá de los límites del mundo físico. Desconfía de la solución puramente idealista, pero teme aun más el materialismo y la explicación mecánica del mundo. He aquí los rasgos fundamentales de su doctrina. El poder uno, el infinito, ha producido en el mundo de lo espiritual innumerables esencias, que son determinaciones de su existencia. Los seres se componen de mónadas, que son modificaciones de lo absoluto. Esta substancia universal es, al par, el fundamento del mundo real y el fundamento del mundo ideal, de las ideas de lo verdadero, lo bello y lo bueno; es la idea universal, lo uno y el bien supremo. Puesto que las cosas no están completamente aisladas, sino que mantienen relaciones entre sí, existe una comunidad substancial entre ellas, lo que sólo se explica siendo, además de individuos finitos, partes de una substancia única é infinita, lo absoluto. De donde se sigue que todo lo real es también ideal. El espacio y el tiempo no están fuera de las cosas, sino en ellas mismas, como formas en que se produce el cambio. «Tenemos, dice, dos maneras de conocer científicamente: ya conocemos la naturaleza, la esencia del objeto que estudiamos, *cognitio rei*; ya conocemos solamente las relaciones que pueda tener exteriormente con otros objetos, *cognitio circa rem*». — «El ideal de la ciencia, á nuestro ver, consiste en considerar la Psicología como la ciencia de los principios esenciales de todo ser y de toda acción, y la Física como el conocimiento de las formas particulares á que da origen la vida espiritual desarrollándose en las relaciones del tiempo y del espacio».

En Psicología, Lotze llevó á cabo una laboriosa investigación sobre los signos locales, por los que explicó el génesis de la noción de espacio. Fuera de este extremo, en todo lo demás se mantuvo fiel á los prejuicios de la Psicología tradicionalista. Reputa las ideas como independientes de la experiencia, y coloca el poder del imperativo categórico en que, cumpliéndolo, alcanzaremos el fin del universo, que no consiste en la indiferencia, sino en el restablecimiento del bien querido incondicionalmente. Sustituye el postulado metafísico de lo infinito por el concepto de Dios. Los atributos metafísicos del sér, la unidad, la eternidad, la omnipotencia y la omnipresencia, explican la existencia de lo finito; los atributos morales, la sabiduría, la justicia y la santidad, explican la po-

sibilidad de hallar en una realidad superior la recompensa suprema. Solamente la personalidad de Dios puede satisfacer el anhelo del alma.

Llegamos á Eduardo de Hartmann, que en su *Filosofía de lo Inconsciente*, publicada en mil ochocientos sesenta y nueve, asocia al evolucionismo optimista el pesimismo absoluto de Schopenhauer. Esta suprema tentativa metafísica tiene sobre las precedentes la ventaja de haber podido utilizar todos los progresos realizados desde la publicación de la obra capital de Schopenhauer, así en el dominio de las ciencias naturales como en el de las sociales, especialmente de la historia. Hartmann podía aprovechar, y aprovechó en efecto, los trabajos de Darwin, Boix, Raymond, Helmholtz y Wundt en Biología y Psicología; los de Brandes, Zeller, Kuno Fischer y otros, en Historia. Su monismo es en parte una vuelta hacia Hegel, pero hacia un Hegel rejuvenecido por la nueva ciencia. El espíritu absoluto inconsciente, con la voluntad y la idea por atributos, he aquí su primer principio. La voluntad es la causa del mundo, lo obscuro, lo ilógico, lo irracional, el *qué* de la existencia; la idea es el fin del proceso cósmico, lo claro, lo lógico, lo racional, lo *qué*, la esencia del mundo. De la serie de uniones de la voluntad y de la idea nace la gradación de los seres, en que los inferiores son medio para los superiores y cuyo fin último es el triunfo de la idea sobre la voluntad, la salvación de lo absoluto. Los átomos son centros de fuerza, manifestaciones de la voluntad, que con su acción y reacción persiguen su fin con ó sin conciencia; la célula, vegetal ó animal, compuesta de diversos elementos materiales, está dotada de conciencia; asociaciones de células son las fibras, los tejidos y los órganos, que forman individuos más y más complejos; el vegetal, el animal y el hombre son individuos de complicación infinita, en que la subordinación de las partes es más estrecha y la conciencia más clara. Sólo en parte admite Hartmann la teoría de la evolución de Lamarck y de Darwin, fundándose en que, si explica algo del desenvolvimiento filogenético, deja á obscuras el punto de partida y la transformación de las especies, posible por generaciones anormales y heterogéneas más que por la influencia del medio; ni puede explicar tampoco los instintos, ni los reflejos, ni la fuerza curativa de la naturaleza, ni la producción orgánica.

En la doctrina de la conciencia de Hartmann, se advierte la influencia de las últimas investigaciones psicológicas; pero la obscurece con su prejuicio metafísico del Inconsciente. En su sentir, la conciencia no es más que un acto, que nace del conflicto de las fuerzas de la naturaleza, ó sea de la oposición de las funciones del Inconsciente. Sus grados son: simple conciencia, conciencia de sí y conciencia de la personalidad. «Es innegable que hay tantas conciencias, más ó menos independientes, como centros nerviosos y aun como células vivas; pero no se puede afirmar que haya tantas almas conscientes como centros nerviosos ó células». La diversidad de existencias proviene de la diversidad de determinaciones en el tiempo y en el espacio; por lo que en el Inconsciente, exento de



estas determinaciones, no puede haber variedad de existencias. El mundo, suma de acciones del Inconsciente, en cuanto se opone al yo, que es otra suma de acciones del mismo Inconsciente; es para mí el mundo de las sensaciones, y en cuanto yo me opongo á él, adquiero el sentimiento de mi individualidad. El Inconsciente, por no contener oposición de ningún género, carece de conciencia; pero se le puede atribuir una *supra-conciencia*, la conciencia trascendental del sufrimiento infinito.

De la voluntad, dice Hartmann, que llega á conocer, mediante la idea, que es malo lo que quiere por natural impulso, y entonces quiere lo contrario de la vida y acaba por triunfar. El que busca su felicidad es un egoísta que niega su fin. Ciertamente, existen placeres positivos, pero la suma de los dolores es mayor que la de los placeres, y el dolor se siente con más intensidad que el placer. La misión del hombre es ayudar á la idea, para que triunfe de la voluntad y se salve el Inconsciente. Considera Hartmann la Historia como un desarrollo progresivo que se efectúa, no por virtud de la voluntad consciente de los individuos, que son egoístas, sino á pesar de ella; pues aún imaginándose éstos que trabajan para su interés particular, trabajan, sin saberlo, por el interés general, y de vez en cuando surgen genios que abren nuevos derroteros. Tales son los medios por los que una forma determinada de la idea se realiza en determinado período. «El Inconsciente hace nacer, en el instante conveniente, el genio predestinado». Estados, iglesias, sociedades particulares, no son más que instrumentos del progreso general, que se cumple por el desarrollo y perfeccionamiento del cerebro. «Cada progreso del pensamiento corresponde á un perfeccionamiento material en su órgano, cuya posesión duradera asegura la herencia al común de los hombres». Afirmar Hartmann el progreso continuo, pero se olvida de tomar en cuenta los fenómenos regresivos, de realidad incontestable. Su pesimismo no es más que relativo. «Este mundo es el mejor de los posibles, pero fuera mejor que no hubiese existido; el progreso histórico es innegable, pero este progreso es un desarrollo irracional y sus fases sucesivas, mera ilusión».

Los esfuerzos de Hartmann, Lotze y neo-kantianos para hermanar la ciencia y la metafísica, fueron vanos. Los continuos y rápidos progresos de las ciencias, las biológicas y psicológicas especialmente, llegaron á términos que fué forzoso abandonar los postulados metafísicos, construyendo la Filosofía no más que sobre los resultados de la investigación científica. La Filosofía se hizo positiva. Esta revolución es la más grande que se ha efectuado en el orden del pensamiento desde el origen de los tiempos. Los conceptos apriorísticos traían su origen nada menos que de la fase mítica, y habían sido, en todos los períodos de la historia de la Filosofía, los inspiradores del pensamiento, los fundamentos de la vida. Con el progreso de la cultura se habían transformado, espiritualizado; más no cambiado. Al invadir los germanos el Imperio romano casi recobraron su pristina forma; el Renacimiento del siglo décimo-quinto no tuvo virtud para derribarlos.

Esto confirma por modo elocuente la aseveración de Sumner Maine, á saber: que las ideas se suceden con suma lentitud en nuestra conciencia. Renuévanse los accidentes, cambian las formas; el fondo persiste idéntico en el curso de los siglos. Hasta aquí la Filosofía, teniendo por fundamento los principios absolutos é indemostrables recibidos de la tradición é inasequibles, por ende, á la conciencia humana, era obra de Dios más que de los hombres; desde ahora, teniendo por base los hechos que la ciencia ha descubierto y seguirá descubriendo, será obra exclusivamente humana. La Filosofía cambia de naturaleza. Los grandes problemas que hasta este instante han preocupado más al espíritu humano, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la finalidad del mundo, la esencia de las cosas y otros, se abandonan por insolubles ó se adjudican á la religión, y pasa á ser el objeto de la Filosofía relacionar entre sí las múltiples leyes descubiertas en las diversas ramas de la ciencia, elevándose de un orden de ellas al inmediato superior, hasta llegar á percibir la ley única y fundamental que las comprende todas.

La nueva dirección filosófica no aparece en Alemania, sino en Francia; su fundador es Augusto Comte, que la expone en su *Curso de Filosofía Positiva*, publicado en mil ochocientos cuarenta y dos, y en su *Sistema de Filosofía Positiva*, que vio la luz en mil ochocientos cincuenta y cuatro. Comte diferencia su doctrina, que llama positivismo, del misticismo y el empirismo, en que el primero estudia las leyes, el segundo las causas, el tercero los hechos. De aquí su teoría de los tres estados: teológico, que por una pura ficción del espíritu, reviste de formas concretas á la causa absoluta de los hechos; metafísico, que dota á esta misma causa absoluta de forma abstracta puramente ideal; positivo ó real, que renuncia «á la investigación del origen y destino del universo», al conocimiento «de las causas íntimas de los fenómenos», aplicándose únicamente á descubrir «sus leyes efectivas, esto es, sus relaciones de sucesión y de semejanza». El estado teológico, sistema general de explicación en un principio, llegó «á la mayor perfección de que es susceptible cuando sustituyó la acción providencial de un sér único, al juego variado de las numerosas deidades independientes que habían sido primitivamente imaginadas»; el estado metafísico, que pone en lugar de la deidad un ente de razón, llegó á su perfección cuando resumió todas las unidades en una sola, la Naturaleza, gran entidad, «considerada como única fuente de todos los fenómenos»; el estado positivo, en que el espíritu refiere los hechos á otros más generales, «llegará á su perfección, si es que ha de alcanzarla, el día en que logre representarse los diversos fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general, tal como el de la gravitación, por ejemplo». Esta ley de los tres estados, aplicada á la evolución de las sociedades, es deficiente, por referirse únicamente á caracteres mentales, y sabido es que en el desenvolvimiento de las sociedades han intervenido otros muchos agentes.

Otro punto importante de la filosofía de Comte es la clasificación de las ciencias,